

cientos caballos que mandaba. Interceptó éste la carta de que tenía conocimiento por su prima, y contrahaciendo la letra y la firma, hizo escribir otra en que se ordenaba á Diego Lopez dar muerte á los turcos, en lo que le ayudaria Diego Alguacil con la tropa referida. Se quedó sorprendido y atónito Aben-Abóo á la lectura de la órden; mas no dudó de su autenticidad, con la llegada al mismo tiempo de Diego Alguacil con sus doscientos hombres. Tal vez era partícipe en la trama; mas de todos modos, declaró en alta voz, que por ningun motivo seria ejecutor de una órden tan sangrienta, de que hizo sabedores á los mismos turcos, leyéndoles la carta. Enfurecidos éstos, y ardiendo todos en deseos de venganza, se dirigieron á Laujar, residencia entonces del rey, á donde llegaron á media noche, cuando estaba Aben-Humeya sepultado en un profundo sueño. Les fué pues fácil rodear su casa, penetrar por ella, y saquearla sin que Aben-Humeya pudiese hacer ninguna resistencia. Se dice que la mora susodicha con quien estaba en la cama, se abrazó con él, impidiendo que hiciese resistencia, dando tiempo á los que venian á prenderle. Segun otros, no lo fué en la cama, y sí á la puerta de su misma casa, con una ballesta armada, en compaña de otros dos; mas de todos modos, no habiendo hecho resistencia los soldados del lugar ni los que le guardaban la casa, quedó maniatado en poder de sus enemigos, que tardaron poco en darle muerte, estrangulándole por medio de un cordel que le echaron al cuello, y del que tiraron dos hombres con violencia. Se dice que Aben-Humeya manifestó que no habia llevado otro objeto en su alzamiento, que vengarse de sus enemigos que le habian atropellado y puéstole lo mismo que á su padre en una cárcel pública; que moria satisfecho y vengado y con gusto de que le sucediese Aben-Abóo, pues iba á tener su misma suerte; y que á pesar de todas las apariencias, habia vivido siempre y terminaba sus dias en la fé cristiana.

Tal fué el fin trágico del que se titulaba rey de los

andaluces; del descendiente de los antiguos reyes de Córdoba, cuyo nombre famoso es mas debido á las circunstancias que concurrieron á su elevacion, que á su propio mérito. No se necesitaba poco valor para atreverse á ser denominado rey en presencia del poderoso de la España. Mas no hay duda de que los moriscos, en la obcecacion de su odio contra los cristianos, contaban con recursos de Africa, y aun de Turquía, bastante poderosos para restaurar bajo su pié antiguo el reino moro de Granada. Es probable que participase de este error Aben-Humeya; tambien lo es que se hubiese decidido á representar tan gran papel, instigado tan solo por sus resentimientos personales. De que era valiente y arrojado, dió bastantes pruebas, pero muy pocas de habilidad y de prudencia. No se mostró á la altura de su nueva situacion, é hizo ver que consideraba su alta dignidad como un medio de dar fácil pábulo á sus apetitos y pasiones. No fué sentida su muerte por los suyos, y á los cristianos aprovechó de poco, pues tuvo por sucesor un hombre que no le era inferior, ni en audacia ni en arrojo. Fué éste Aben-Abóo, que tomó el nombre de Muley-Abdalla y el título de rey de los andaluces, aunque en clase de interino, mientras le venia la confirmacion del Dey de Argel, que no se hizo aguardar mucho. Se celebraron en la elevacion de Aben-Abóo las mismas ceremonias que en las de Aben-Humeya.

El nuevo rey, despues de haber puesto en órden las cosas de la Alpujarra, reunió sus tropas y las condujo á las torres de Orgiba, que atacó con grande ímpetu, subiendo por dos veces al asalto. Tenian ya en el último plantadas dos banderas sus soldados sobre el muro; mas se rehicieron los cristianos y los repelieron, no sin gran matanza por entrambas partes. Quedó el castillo por los nuestros, pero cercado por los moros, que le tenían en muy grande aprieto. Sabedor del suceso don Juan de Austria, envió al duque de Sesa á socorrer al fuerte. Levantó el sitio Aben-Abóo, y le salió al encuentro, habien-

do avisado de antemano á varias tropas suyas para que viniesen en su auxilio, atajando los pasos del duque, interceptándole los viveres. No fué favorable el encuentro á nuestras armas, á pesar de que pelearon los castellanos con denuedo; pero viéndose inferior en fuerzas, y muy poco favorecido del terreno, tuvo que replegarse el duque de Sesa, volviéndose al sitio del fuerte de Orgiba, el rey de los moriscos. Viendo el gobernador que habian pasado ya los dias en que se le tenia ofrecido un socorro de los suyos, abandonó el fuerte, dirigiéndose con su guarnicion á Motril, evitando así quedar en manos de los enemigos.

En este tiempo se alzó la villa de Galera, y habiendo salido los vecinos de Güescar á libertar á los cristianos de aquella poblacion, refugiados en la iglesia, fueron derrotados por los moros, de cuya resulta trataron á su vuelta á Güescar, de matar á todos los moriscos de aquel vecindario. Así lo llevaron á efecto, llegando á poner fuego en las casas donde estaban encerrados; rasgo de barbarie que hace ver el grado de encarnizamiento á que habia llegado aquella guerra.

Cada vez se presentaba mas difícil la reduccion de los moriscos de Granada. Carecian los castellanos de viveres, por la dificultad de conducirlos en medio de aquellas asperezas, y sus fuerzas eran muy escasas para ocupar el pais y acudir á un tiempo á todas partes. En rigor, no tenian mas terreno que el que pisaban, y algunos puntos fuertes que se podian guarnecer de un modo estable. El marqués de los Velez, despues de algunas correrías, se habia establecido en el fuerte de Calahorra, y su detencion en aquel punto era objeto de grandes murmuraciones en Granada. Permanecia el marqués de Mondejar en sus antiguos sentimientos acerca del modo de terminar aquella lucha. Sabedor el rey de la divergencia de opiniones, llamó al marqués á la córte por medio de una carta que copiamos á continuacion; pues dá alguna idea del carácter del rey, dispuesto siempre, en

medio de su severidad, á guardar consideraciones, aun hácia los que habian incurrido en su desgracia. Decia así:

«Marqués de Mondejar, primo nuestro, capitan general del reino de Granada. Porque queremos tener relación del estado en que al presente están las cosas de ese reino, y lo que converná proveer para el remedio de ellas, os encargamos, que en recibiendo esta, os pongais en camino y vengais luego á nuestra córte, para informarnos de lo que está dicho, como persona que tiene tanta noticia de ellas: que en ello y en que lo hagais con toda la brevedad, nos ternemos por muy servidos. Dada en Madrid á 3 de setiembre de 1569.»

Fué el marqués de Mondejar bien recibido en la córte, y tratado con gran consideracion, aunque aparente; pues no se dudaba de que habia incurrido en el desagrado del monarca. No volvió mas á Granada, mas el rey, que conocia su mérito, le nombró de virey en Valencia, y á poco tiempo despues con el mismo cargo á Nápoles.

Don Juan de Austria, en la flor entonces de su juventud, deseoso de fama, y penetrado por otra parte de lo desgraciadamente que iban los asuntos de la guerra, representó al rey lo mal que estaba á su buen nombre permanecer ocioso en Granada, mientras duraba una contienda tan reñida, sin trazas de acabarse, y cuya llama podia muy bien pasar á los reinos confinantes de Murcia y de Valencia. En razon de la necesidad de darle fin cuanto mas antes, suplicaba á S. M. que le permitiese salir á campaña, donde emplearia todos sus esfuerzos para servir bien á su rey, y no desmentir la sangre ilustre de que descendia. Debieron de hacer fuerza estas razones en el ánimo del rey cuando accedió á las súplicas de don Juan, mandando que se hiciesen dos campos, uno á cargo de don Juan, sobre el rio de Almanzora y la provincia de Almería, donde mandaba el marqués de los Velez, y otro sobre Granada y la Alpujarra, que debia de estar á las órdenes del duque de Sesa. Queda-

ba pues por esta providencia, bajo el mando de don Juan de Austria, el marqués de los Velez, que hasta entonces habia recibido órdenes directamente de la corte y obraba casi independiente del primero: prueba de lo poco satisfecho que á la sazón estaba el rey de su comportamiento.

Se hicieron con este motivo nuevos aprestos de hombres, de caballos, de víveres, de municiones y demas material de guerra. Agradó mucho en el ejército la noticia de la salida de don Juan, quien la verificó al momento que acabó de tomar las disposiciones, que eran consiguientes á su ausencia. A su campo acudieron mucha gente voluntaria, que hasta entonces no habian tomado parte en la contienda, y los que pronosticaban su mal éxito, por el desconcierto de sus operaciones, concibieron sobre ella las mejores esperanzas.

Antes de moverse don Juan en direccion de Guadix y Baza, como se le tenia mandado, resolvió proceder á la expugnacion del punto fuerte de Güejar, á pocas leguas de Granada, para quitarse un estorbo que le podria embarazar en sus operaciones ulteriores. Dividió su fuerza, que ascendia acerca de diez mil hombres, en dos trozos, encargándose él del mando del uno, quedando el otro bajo la direccion del duque de Sesa. Cada una de las dos divisiones se encaminó hácia Güejar por distintos rumbos, moviéndose la del duque por el camino mas corto, y dando un rodeo la de don Juan, para cortar la retirada á los moriscos. Quedó el punto fuerte en poder de los cristianos, despues de una corta resistencia, y don Juan regresó inmediatamente á Granada, para concluir sus preparativos de campaña.

Salió don Juan de Granada á últimos de diciembre de 1569, dejando encomendado el mando de la ciudad y su distrito al duque de Sesa con la mitad de la gente, para moverse en la direccion que pareciese conveniente, segun lo que deparase á don Juan la suerte de las armas. Estaba Granada tranquila y sin temores de insur-

reccion, habiendo sido expelidos de sus muros los moriscos, como ya llevamos dicho. No daba la vega indicios de moverse, intimidada sin duda con la suerte que habia cabido á los del Albaycin, hallándose por otra parte aislada de los puntos de los pronunciamientos. Quedaba pues la insurreccion circunscripta á la sierra de las Alpujarras, los rios de Almanzora y Almería; mas se hallaba á tal punto de encendimiento y exacerbacion, que se necesitaba de la mayor energía, y un tino consumado para darle término.

Se dirigió á Guadix; de allí pasó á Baza, con objeto de emprender cuanto [mas antes el sitio del punto fuerte de Galera, ya comenzado por el marqués de los Velez, mas llevado adelante con poca energía, sea por falta de gente, sea porque noticioso de la venida de don Juan, repugnase ser instrumento de su fama. Temia éste que el primero levantase el cerco con su aproximacion, y así sucedió en efecto, con gran peligro de nuestra gente, quedando libres de hacer sus correrias los moros de Galera. ¡A tal punto habia lastimado al marqués de los Velez la idea de servir á las órdenes de don Juan de Austria! En vano trató éste de tranquilizarle, halagando su amor propio con las protestas mas afectuosas de deferir en un todo y por todo á sus consejos. El marqués tenia tomado su partido de retirarse á su casa, y en su entrevista con don Juan, á quien salió á recibir en Güescar con todas sus tropas y pompa correspondiente á tan alto personaje, le dijo estas palabras: «yo soy el que mas ha deseado conocer de mi rey un tal hermano, y ¿quién mas ganará de ser soldado de tan alto príncipe? Mas si respondo á lo que siempre profesé; irme quiero á mi casa, pues no conviene á mi edad anciana haber de ser cabo de cabo de escuadra.» (1) El marqués sin apear, despues de dejar en su casa á don Juan de Aus-

(1) Hurtado de Mendoza. T. 4.

tria, se partió á Velez Blanco, seguido de los caballeros de su casa, sin haber tomado mas parte en esta guerra. Citamos este rasgo para hacer ver, que los grandes de aquel tiempo gozaban todavía cierta independencia desconocida en nuestros dias. Un general de ejército, que en tiempo de guerra, y hallándose en campaña, que hoy abandonase sus banderas y se marchase á su casa con tan poca ceremonia, seria severamente castigado. No se sabe que Felipe II hubiese tomado providencia alguna con el marqués de los Velez, por una accion que tenia todos los caracteres de un desaire.

Volviendo á don Juan de Austria, se puso inmediatamente en direccion del fuerte de Galera, cuyo nombre se iba haciendo célebre en España. Era el rey sabedor de esta expedicion; motivo mas para que don Juan tratase de acreditar lo acertado de su nombramiento. No se presentaba fácil la toma de Galera, fortificado por la naturaleza y por el arte, defendido por gente numerosa, aguerrida y llena de entusiasmo. Fueron repelidos los primeros ataques de los nuestros. Se dió un primer asalto en que tuvieron que retirarse con bastante pérdida. Fueron mas desgraciados aún en el segundo, á pesar de que se empleó una mina, que reventó á tiempo, con grande estrago de los enemigos. Mas hubo tanto desorden por parte de los españoles, al entrarse por la brecha, y tal el encarnizamiento con que peleaban los moriscos, que repelieron el asalto, con notable pérdida nuestra, habiendo tenido mas de cuatrocientos muertos, y quinientos heridos y entre unos y otros, personas de gran cuenta.

No se desanimó don Juan con este desaire de sus armas. Encendido en grande enojo, mandó disponer todo lo necesario para un nuevo asalto, construyéndose para ello dos nuevas minas, que se internaron mas en la poblacion que las pasadas. Arengó el general á los soldados, poniéndoles por delante la mengua en que los habian dejado los dos asaltos repelidos, y la necesidad de volver por su honor en el tercero. Se verifico éste con

denuedo, y por esta vez quedaron desagraviadas y vendidas las armas castellanas. Fué grande el arrojo y la obstinacion con que se defendieron los moriscos; mas no pudieron resistir á la furia de los nuestros. Tomóse por asalto el pueblo: no se dió cuartel á los vencidos. Todos fueron pasados á cuchillo; ni la edad ni el sexo sirvieron de escudo contra la furia de los vencedores. El mismo don Juan hizo matar á su presencia varios cautivos por mano de los alabarderos de su guardia. Era su proyecto destruir á Galera, y sembrar de sal su territorio; tal fue la frase que le arrancó la anterior desgracia de sus armas. La amenaza tuvo su cumplido efecto.

En seguida se trasladó don Juan á Baza, desde donde envió un destacamento á reconocer el pueblo de Seron; mas sin resultado, pues los nuestros, temiendo verse envueltos por los moriscos, que les aguardaban en terreno ventajoso, se volvieron. Pasados dos dias, se puso en movimiento con el mismo objeto, otro de mas de dos mil hombres, mandados en persona por don Juan, quien emprendió su marcha desde Caniles, á las nueve de la noche, dividiendo su fuerza en dos columnas, para que diesen al mismo tiempo vista al pueblo. Caminó la gente toda la noche, y á la mañana llegaron á Seron por distintos caminos, sin que los moriscos les saliesen al encuentro. Sintiéndose, sin duda, inferiores en fuerzas, y viendo que nadie iba en su socorro, abandonaron el pueblo, donde entraron los castellanos sin ninguna resistencia. Pero cuando se hallaban mas desapercibidos, entregándose á los desórdenes de la victoria, saqueando casas y cautivando moras, cayeron inopinadamente sobre el pueblo de Seron mas de seis mil moriscos, que venian de Purchena y de Tijola, en socorro de la villa. Reunidos estos con los que se retiraban, acometieron á los nuestros, que por muy pronto que quisieron rehacerse, fueron víctimas de su descuido. El comendador de Castilla y Luis Quijada, que se hallaban dentro de Seron, se condujeron en aquel apuro con serenidad, y como cum-

plia á diestros capitanes; mas no pudieron atajar la confusión inevitable en aquel caso. Huyeron muchos de los nuestros despavoridos, llegando hasta el punto de arrojar las armas. Fueron pues echados los nuestros del pueblo de Seron, y la derrota hubiese sido mas fatal, si las tropas que se habian quedado fuera del pueblo, no hubiesen protegido á los que huían. Se retiró don Juan muy mortificado á Caniles, y entre las pérdidas de aquella jornada desgraciada, tuvo el sentimiento de contar la del ayo y maestro Luis Quijada, que herido mortalmente dentro de Seron, falleció de allí á pocos dias en Caniles.

Despues de haber permanecido algunos dias don Juan en este alojamiento, á fin de rehacerse, se movió de nuevo sobre Seron, del cual por esta vez se apoderó, sin que los moriscos se atreviesen á aguardarle. De allí cayó sobre Tijola, que expugnó felizmente, tomando prisioneros á los que la defendian. En seguida pasó á Purchena, á Ujijar, á Santa Fé de Rioja, sin que los moriscos en su marcha le pusiesen seria resistencia. Muy poco despues, se trasladó á Andarax, donde se le reunió el duque de Sesa, cuyos movimientos seguiremos ahora con la misma rapidez que los del de Austria.

Dejamos al duque de Sesa mandando en Granada á la salida de don Juan, y á la cabeza de la mitad, sobre poco mas ó menos, de la fuerza, para moverse con ella adonde las circunstancias lo indicasen necesario. Se puso efectivamente en marcha con direccion á la Alpujarra, despues de tomadas en Granada las disposiciones necesarias. Salió el 21 de febrero de 1570; se detuvo algunos dias en Padul, aguardando que llegasen al campo víveres y toda la gente que debia acompañarle; y para no estar absolutamente ocioso en aquel punto, mandó hacer correrías por las inmediaciones, á fin de aumentar sus víveres y tomar lenguas de la tierra. Allí supo que se hallaba no muy lejos de él Aben-Abóo, cuyo designio no era impedirle la entrada en la Alpujarra, sino molestarle por la retaguardia é interceptarle sus convoyes, á fin de

que se viese en la precision de abandonarla. Despues de haber permanecido el duque en este alojamiento treinta dias, esperando siempre bastimento, se movió hácia Albacete de Orgiva, donde trató de construir un fuerte á fin de asegurar sus comunicaciones. Allí le aguardaba Aben-Abóo, pero mas con intencion de incomodarle y escaramucearle que de presentarle una batalla, pues no tuvo efecto ningun choque de importancia. Antes de partir de Orgiva el duque, desbarataron los moros un destacamento fuerte que conducia un gran convoy de víveres al campo, quedándose con la parte de las bestias; y como se supo por uno de los prisioneros que Aben-Abóo esperaba al duque en tren de pelea con mas de ocho mil hombres á la entrada de la sierra de Porqueira, tomó aquel diferente direccion de la que pensaba en un principio, moviéndose hácia el Algibe de Campuzano, donde se alojó la noche del 6 de abril de 1570, no sin ser molestado por los moriscos, que trataron de estorbarle el paso, y estuvieron tiroteando nuestro campamento la mayor parte de la noche.

Se movia, como se vé, el de Sesa lentamente. En rigor no habia hecho mas de tres jornadas despues de su salida de Granada, verificada á mediados de febrero. Llevaba en su campo mas de diez mil hombres entre infantería y caballería, con doce piezas de campaña. Su plan era al parecer el mismo que el de Aben-Abóo, á saber: el de no empeñar ninguna batalla decisiva, sino interceptarle víveres y molestarle de otro modo; pero hasta allí todas las ventajas habian estado por los enemigos, mas conocedores del pais, y sobre todo mas acostumbrados á sus asperezas. Desde el Algibe de Campuzano se dirigió á Jubiles; de aquí pasó á Cartares, y al dia siguiente se puso en el pueblo de Portugos, siempre á la vista de los moriscos que le embarazaban y escaramuceaban, mas sin atreverse á cosas serias.

No estaba, como se vé, ocioso Aben-Abóo durante estos movimientos del de Sesa. Hombre activo, empe-

ñado tan seriamente en la contienda, trataba de sacar partido de su posicion, dividiendo su gente y colocándola en los parajes que le parecian mas oportunos, sin atreverse á dar una batalla decisiva por ser inferior en fuerzas; pero molestando siempre al duque en todos los parajes que el terreno se le mostraba favorable. Tambien éste por su parte trataba de hacer á los moriscos todo el daño que podia, talando sus campos, destruyendo las mieses, privándoles de sus provisiones para cuando pudiera el pais proporcionárselas. Mas mientras tan solícito se mostraba en correr las sierras para privar de recursos á los enemigos, se veia él muchas veces falto de víveres en su propio campo, siendo el atender á esta necesidad uno de los motivos de la lentitud con que se movió desde su salida de Granada. De Portugos trasaló su campo á Ujijar, adonde llegó pasando por Jubiles, siendo siempre molestado en su marcha, como le sucedia en todas ocasiones. Viéndose aquí sin víveres, envió á buscarlos á la Calahorra una fuerte escolta de mas de mil hombres, mandados por el marqués de Favara; mas los moriscos, aprovechándose de las asperezas del terreno, les salieron al encuentro y los derrotaron á tal punto, que murieron aquel dia mas de ochocientos de los nuestros, habiendo ademas rescatado los moriscos seiscientas mujeres de su nacion que los nuestros llevaban prisioneras. Sabedor de este fatal contratiempo, se movió el duque de Sesa hácia Adra, adonde llegó su gente con gran necesidad y medio muerta de hambre. De aquí pasó por mar al fuerte de Castilferro, que se rindió sin hacer grande resistencia; de aquí pasó otra vez á Adra, donde halló un aviso de don Juan comunicándole que deseaba conferenciar con él sobre asuntos de la guerra. Tuvo lugar la entrevista entre Andarax y Verja, volviéndose despues cada uno á su punto respectivo, es decir, al primero don Juan y al segundo el duque: mas éste tardó muy poco en reunirse con el primero en los Padules, sin separarse de él hasta el fin de la contienda.

Como se vé, no le cupo tanta gloria al duque de Sesa en su expedicion como en la suya á don Juan de Austria, que tomó á los moriscos varios puntos de importancia, habiéndosele resistido obstinadamente algunos, entre ellos los de Seron y Galera. Para ser su primera campaña, no dejó de conducirse con tino, y sobre todo con arrojo y energia. Se conoce que estaba penetrado de lo delicado de su posicion y de la necesidad de manifestar á todos, y especialmente al rey de España, que no habia colocado mal su confianza y sus favores. Que Felipe quedó contento de los servicios de don Juan, aparece claro de la circunstancia de tenerle destinado para un mando de mucha importancia y de mayor gloria, de que daremos cuenta á su debido tiempo. La necesidad de sacar á don Juan pronto de Granada con este motivo, era uno de los que asistian al rey de España para desear la conclusion de la contienda.

No podia menos de fatigar y atormentar á Felipe II una lucha encarnizada y desastrosa, causa de tantos desórdenes, excesos y efusion de sangre. Estaban por otra parte penetrados los moriscos de lo duro de su situacion, de lo infaliblemente que corrian á su ruina obstinándose en la resistencia. Separados por los mares de sus correligionarios de Africa, sin ningunas simpatias en toda la peninsula, internados ya en los diferentes pueblos de Andalucía los del Albaycin, cuya medida acababa de ser extensiva á los habitantes de la Vega, no quedaba á los moriscos de las Alpujarras mas alternativa que emigrar al Africa, perecer, ó darse á partido con sus antiguos dueños. Estaba, pues, el deseo de pacificacion y reduccion grabado en todos los ánimos de una y otra parte; y si bien lo resistian algunos, ó porque hallasen ventajas en la guerra, ó porque el recuerdo de sus actos anteriores les hiciese ver imposible la indulgencia, habian llegado las cosas á un estado que hacia muy fáciles las negociaciones. Ya antes de la salida de Granada de don Juan, se daban pasos para obtener y allanar la reduccion de los